

cia quedaban perdonados sin excepción — *Perdono á tutti...*

Mas he aquí que cuando todo estaba en sazón y había entre los proyectos pendientes y su realización sólo el espacio que separa la potencia del acto, un Judas odioso, un sargento francés que estaba á nuestro lado, denunció nuestros proyectos á don Valdés y motivó las medidas que verá quien siga leyendo.



CAPITULO VI

La evasión

Es, pues, el caso que don Valdés se indignó contra lo que llamaba nuestra ingratitud.

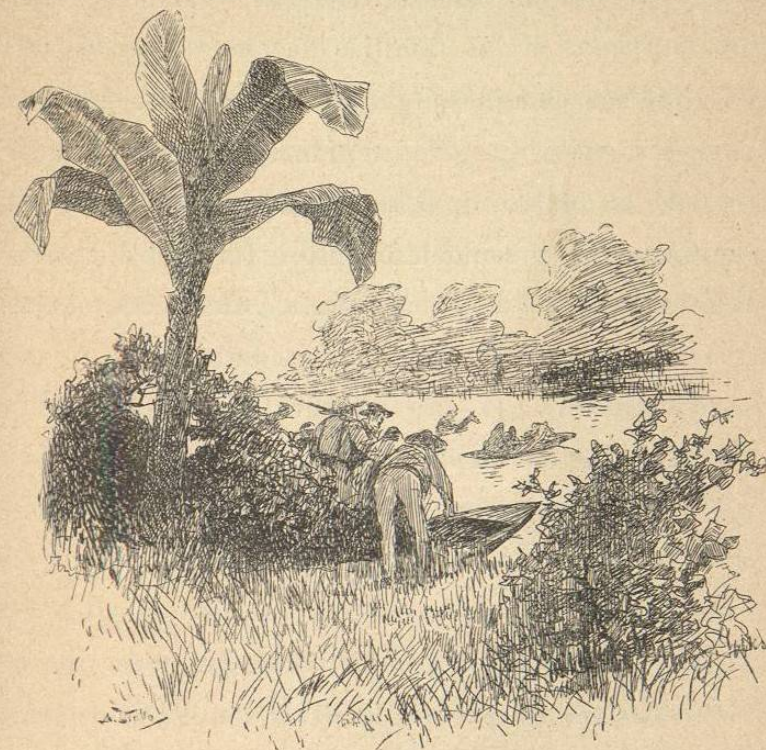
— *Sinvergüenzas*, mantenidos, nos dijo frunciendo aquellas cejas, que no por ser menos pobladas que las de Júpiter Olímpico eran menos respetables que las del padre de los dioses. ¿Pos qué querían, golleteros? Ora se friegan... ¿Van á ver qué mal les va, jijos de la mala vida!... Mañana mesmo salen pa Zirándaro y á ver si allá hacen de las suyas... A ver si pasan tan fácilmente el río de las Balsas...

Mis amigos los belgas estaban encantados con la noticia: ver un río, un verdadero río que les recordara su tierra pantanosa, sus viejos *polders*, sus ciudades gentiles hechas en complicidad con el agua, era algo que no aguardaban tan pronto. Desde la salida de Huetamo sen-

timos que nos recibía una brisa cargada de humedad que se introducía en nuestros pulmones fatigados como un aliento de vida. Luego vino la vegetación costeña, la vegetación exuberante y admirable: los bosques tupidos que no dejaban penetrar un rayo de sol; los bejucales que ora estrangulaban los troncos, ora trepaban por las ramas, ora se tendían por el suelo como serpientes insidiosas; los insectos de colores que se ofrecían á nuestros pies; los pájaros de joyante plumaje y dulcísimo canto ó de discordes y agrio chirriar que pasaban sobre nuestras cabezas; el colchón mullido de hojas secas que apagaba el rumor de nuestros pasos y parecía quejarse suavemente cuando le hollábamos; y sobre todo, el misterio, el misterio hondo y grave de aquel lugar tan bello nos sugería pensamientos de abandono, de libertad, de emancipación, de algo que nos hacía olvidar nuestra vida precaria y triste...

En un claro de la selva, cuando evocaba en lo más recatado de mi alma la memoria del Emperador, y me figuraba el placer que tendría en encontrarse allí, me sorprendió un ruido que no se asemejaba á nada conocido porque era tan potente, tan nuevo y tan majestuoso que no podía asimilarse á cosa humana. Al mismo tiempo vi subir, cubriendo de un velo de bruma los rojizos cantiles distantes, un vapor que parecía un halo de gloria inmensa: era el río, el río enorme saludado por guacamayas y

zorzales, interceptado por barrancas y desfiladeros y recibiendo al paso la ofrenda de flores y aromas que le mandaban los árboles de las orillas al mirarse en su linfa cristalina...



Pasamos el río en las canoas que nos habían dispuesto y os juro que me vi tentada de seguir á tres ó cuatro compañeros que se lanzaron á la corriente y que ganaron la orilla en medio de todos nuestros aplausos; pero la necesidad de desnudarme para maniobrar á mis anchas me impidió probar si se habrían embotado ó no mis facul-

tades de nadadora avezada á las luchas con el agua en balnearios y estanques.

Zirándaro era punto menos que Huetamo: la vida era más amplia, más salvaje que en el pueblo de don Valdés. Casi todo el mundo andaba desnudo de medio cuerpo arriba, y apenas si las familias decentes guardaban las formas que son comunes á gentes civilizadas; pero los zirandarenses, rudos y todo, tenían más desarrollado el sentido de la belleza y el amor á la carne blanca y fina que muchos que presumen de cultos. Imposible relataros todas las muestras de compasión, de afecto, de cariñoso interés con que todo el mundo me asediaba.

— ¡Pobrecito!... ¡Y tan criatura!... ¡Si no tiene pelo de barba!... ¿Cuál es tu edad, hijo?

— Yo me le llevo á mi casa.

— Y yo.

— Y yo.

Y para no desairar á nadie, tuve que ir de una casa en otra, gustosa de servir de diversión, pues aparte de obligarme á relatar todo lo que sabía acerca de los primeros del antiguo continente, tenía que sufrir que las excelentes damas pintas me trajeran, me llevaran, me dieran la mano, me besaran y me hicieran toda suerte de caricias, sobre todo al asombrarse de que hablara «como nosotros», es decir, en el español costeño que por allá se gastaba.

Pero quien se excedió en sus obsequios fué la familia de los Peinados, que me acogió con cariño inmenso. Don Tirso, el padre, era un viejo franco y leal, que gustaba grandemente de hablar de asuntos políticos, porque á su manera servía á su tierra mejor que muchos doctos y entendidos.

— Ya estoy viejo, decía, para meterme á la refolafia, y como no cuento con hijos varones, tengo que aguantarme sin entrarle á los quites y á los mates; pero ya le mandé á mi general Arteaga unos mil pesitos que le servirán más que el que yo ande por allí meneando la *garrocha*...

La señora, doña Manuelita, era una santa y bondadosa mujer que no sabía más que de sus devociones, del cuidado de su casa y de la administración de su corta hacienda.

La niña, que se llamaba Antonia, Toña ó Antoñita, era un soberbio ejemplar de la raza mestiza costeña. De estatura mediana, bien distribuída de miembros, cabello y ojos negrísimos, color moreno, manos y pies delicados y finos; no tenía en su cuerpo señal de ninguna de las tres ó cuatro clases de *jeriucas* que distinguen los especialistas y que parecen un sello de aquella raza torva y tremenda.

Toña se sintió atraída por mí desde el día que llegamos los prisioneros á Zirándaro, y no desperdició oportu-

tunidad de mostrarme su predilección, que yo juzgaba puramente amistosa, pero que, como se verá por la obra, revestía quilates un poco más elevados aunque igualmente limpios que los de la amistad.

— Van Haens, me decía, ¿por qué no te quedas con nosotros? Mi padre te daría tierritas para tu siembra y vivirías más contento que nunca has estado... Mira, tus amigos ya están haciendo periódicos, han aprendido á pescar y á salar los pescados, saben hacer reatas y tejer sombreros de palma: tú nada de eso has hecho ni nada necesitas... ¿Para qué has de ir á cazar iguanas en las cercas? ¿Para qué has de pasar hambres por si dan ó no dan socorro á los prisioneros y si les distribuyen ó no les distribuyen carne? Aquí te queremos, Van Haens; tú puedes quedarte con cuanto es nuestro con sólo abrir la boca. ¿Qué dices, hombre?

Pero ó mi olfato mujeril me engañaba, ó la muchacha estaba chiflándose por mí á gran prisa.

— Si la suerte, pensaba, hubiera querido hacerme no lo que en realidad soy, sino lo que parezco, ¡qué bien empleado me estaría dejarme querer, casarme con esta linda costeña, recoger lo que al fin de sus días dejen sus padres y envejecer en este rincón de paraíso, que por oculto y por hermoso debía enamorar á cualquiera que no estuviese tocado de la manía de las grandezas como yo lo estoy!... Pero no tengo más remedio que seguir mi destino, que

para hacerme ver mejor su saña inaudita suele presentarme espejismos engañadores que me cautivan un momento para dejarme á poco en poder de la realidad más espantosa...

Una noche, mientras dormía, sentí besos ardientes y palabras tiernas que correspondí, también en sueños, figurándome que procedían de mi adorado Aquiles.

— Miguel, Miguelillo, decía la voz, ¿por qué no me quieres cuando yo te quiero de amor? Soy tuya, aquí estoy para que dispongas de mí á tu antojo... ¡Quiéreme, quiéreme ó me matas, ingrato!... ¡Qué! ¿no te parezco bien? ¿Mi piel tostada no te gusta ó sientes repugnancia de quedarte en este pueblo? Vámonos de aquí; llévame á Europa, que donde quiera he de ser tuya... Quiéreme, Van Haens...

Había despertado ya y comprendí que era menester no desengañar bruscamente á la muchacha, sino darle el golpe poco á poco: mi seguridad me exigía no revelar un secreto que podía comprometerme grandemente, y aun quizá entrara en las leyes de humanidad no dar un golpe brusco á la enamorada doncella.

— Yo también te quiero, Antoñita; pero me impide casarme contigo un obstáculo... vamos, un obstáculo muy fuerte; no soy católico y quizá... tu familia, tú misma no me aceptaran...

— Te bautizas, hijo, te bautizas; y si no podemos ca-

sarnos por mi religión nos casaremos por la tuya... Me haré *protestanta* y viviré á tu lado tan dichosa como vivo ahora.

La conversación siguió en el mismo tono; yo aglomerando obstáculos, ella deshaciéndolos con el imperio de su amor, primitivo, sincero y hondísimo...

Eso fueron nuestras conversaciones en lo sucesivo: luchas desiguales en que no era posible nunca igualar las armas: yo manejaba el florete escurridizo y sutil que me proporcionaba mi mundología y mi conocimiento de la situación; ella esgrimía el hacha afilada y truculenta de su amor sin límites, de su amor á prueba de desaires y mortificaciones.

— ¡Y dices que me quieres, Van Haens! exclamaba: ¿cómo me quieres y me desprecias así? Bien sabes que mis padres te estiman, que eres las niñas de sus ojos, y que basta que ellos le digan á Arteaga media palabra para que quedes libre... ¿Por qué no te resuelves?

— Me parece, objetaba, una deslealtad abandonar á mis compañeros... ¿Qué dirían si, en vez de seguir su suerte, me escapara de ella quedándome aquí casado con mujer bonita?

— Pero si tú eres dueño de tu persona... esos escrúpulos nos pierden, Miguel... ¡Piensa que me matas con tus cosas!

Me acorralaba de tal manera la criatura, que me deci-



—Soy casado, le dije una noche; no quería confesártelo...

dí á emplear mi tiempo nada más que en buscar objeciones para no hacer su gusto.

— Soy casado, le dije una noche; no quería confesártelo, pero tengo por allá, en Bélgica, mujer é hijos.

Conocí que con esa objeción sí la había herido de muerte, porque se echó á llorar desconsolada.

— No eres casado ni cosa que ló valga, sino que me engañas para que no te moleste diciéndote que te quiero... Te voy á dejar; no te volveré á decir una palabra, ni te volveré á molestar... Adiós.

Pero á la noche siguiente ya llevaba la solución de la dificultad.

— No hay tal casamiento, pero si lo hubiera no se valdría entre nosotros los cristianos.

Procuré demostrarle que tan cristianos eran los católicos como los protestantes, cuando me respondió como inspirada:

— ¿Tienes mujer? ¿Tienes hijos? Lo creo porque me lo dices tú, que por farsante que seas no puedes dejar de ser lo que has sido siempre: la persona que habla más verdad en el mundo; pero no me importa; quiero ser tuya de cualquier modo, he de serlo aunque sea tu querida, la criada de tu mujer y de tus hijos... ¿Ni así me quieres?

Me tenía suspensa la abnegación de la muchacha y respondí lo que pude á su pregunta; mas conocí que la situación no podía prolongarse ni un día, ni un momento